

antes el señor Ferrara tomar lecciones de dicción, puesto que la mitad de sus diálogos no los oía nadie, ni él mismo.

En cambio, don Fernando de Rojas, de haber podido aceptar nuestro llamado, estaría complacido, mucho, con Virginia Manzano, que interpreta la *Celestina* de un modo tan admirable, con tanto acierto, que bien puede decirse que es lo mejor que ha hecho en su larga carrera como actriz. Miguel Córcega aparece y da una cátedra de actuación a los bisoños elementos que lo rodean. David Antón resolvió con talento las dificultades escenográficas, aunque el primer telón de calle sea un tanto cuanto escandaloso. El vestuario en general justo, pero un vestido de Melibea francamente feo, y una peluca de "tonto del barrio" en Pármeno completamente innecesaria. El bachiller Fernando de Rojas, y todos los que somos aficionados al teatro, le exigimos más a Álvaro Custodio. Ha demostrado que puede hacerlo, pero estos años de receso le han hecho creer que ya estaba todo hecho, y no es así. Me alegro infinito que el público esté respondiendo con su asistencia; dos mediocres obras que fueron estrenadas el mismo día han sido retiradas ya del cartel, mientras que *La Celestina* cada día tiene mejores entradas. Sin embargo, allí están todavía unas *Golfas* que son para el público mexicano como ese baldón mío por haber trabajado en la antigua Oficina de Espectáculos.

25 de febrero de 1968

DE MARÍA EGIPCIACA A SAFO DE LESBOS

Se dice que México es un país de contrastes, y para estar a tono con el país, su teatro también lo es. Una noche asistimos a un recital poético-dramático intitolado *Las tentaciones de María Egipciaca*, del que salimos llenos de unción religiosa, pero a la noche siguiente vamos a otro teatro donde nos topamos con el florecimiento de Lesbos en todo su esplendor, y entonces nuestra pobre alma sufre un choque y se ve envuelta en un serio conflicto

moral. El espectador mexicano necesita, pues, de un guía espiritual para no traumatizarse entre el ambiente de religiosidad que emana del espectáculo presentado por Miguel Sabido en el Teatro Xola, y la obra intitulada *El asesinato de la hermana George*, que se ofrece en el Teatro Ofelia. Pero felicitémonos porque existan estos contrastes: sólo demuestran que la capital de la República está ya lo suficientemente madura como para soportar todo género de teatro, hasta “eso” que llaman “de medianoche”, y que es el fraude más gigantesco que se haya hecho al público capitalino.

Miguel Sabido ha montado de nuevo su recopilación de poesías que con el título ya mencionado de *Las tentaciones de María Egipciaca*, había estrenado en la Pinacoteca Virreinal el año pasado, con María Douglas enfrentándose a diez o doce frailes. En aquel lugar este recital no lució como ahora, porque a lo incómodo del local se agregaba la estrechez, y los grandes cuadros que están en las paredes parecían venirse abajo sobre los actores y el público. Pero en el Teatro Xola dicho recital adquiere mayor majestuosidad, y el director tiene mayor campo de acción para mover a sus personajes con un gran acierto y un profundo conocimiento de las áreas en un escenario. María Douglas, al convertirse en una santa, se hace a sí misma un milagro, y olvida esos tonos plañideros que la habían vuelto una actriz pasada de moda. Si el milagro se debe a Miguel Sabido o a ella misma, lo ignoro, pero a ambos los felicito cordialmente. María vuelve a ser la primera actriz del *Tranvía llamado deseo* y de la *Medea*. Santa María Egipciaca le ha devuelto la confianza a ella y a los espectadores, y vuelve a anotarse un hermoso triunfo en su carrera, mientras que Miguel Sabido, como director, se coloca al lado de esta nueva generación tan importante para nuestro teatro y que acabará de una vez por todas con los mitos que por tantos años se han logrado sostener.

Y de aquel ambiente religioso, profundo, poético, santo, saltamos a *El asesinato de la hermana George*, tragicomedia del autor inglés Frank Marcus, en donde se nos presenta con toda crueldad el conflicto de una mujer ya más que madura, al borde de la total decadencia en su trabajo, y que para colmo, desde que nació, sus hormonas masculinas prevalecieron sobre las femeni-

nas, y de ese modo en cuerpo de mujer se oculta una mente de hombre. Casos como éste abundan y siempre han existido, desde la famosa poetisa Safo hasta nuestros días, pasando por George Sand. La obra de Marcus es excelente bajo todo punto de vista, y si escandaliza a algunos espectadores y a uno que otro cronista o gacetillero, mejor que mejor. Los problemas humanos no deben ocultarse detrás de los prejuicios que nos ahogan desde hace dos mil años, porque no por ocultarse dejan de existir. Sin embargo, no comprendo por qué Marcus dio a su pieza, en algunos momentos, un aire festivo, grotesco, que no encaja con la seriedad, con la angustia de la pobre hermana George. ¿O es que acaso tiene algo de risible el ver a un ser humano quedarse solo?

A este defecto del autor, debe añadirse la incomprensión absoluta del director don Dimitrios Sarrás. Este señor acentuó de tal manera lo cómico, o lo pretendidamente cómico, que sólo consiguió burlarse encarnizadamente de esos pobres seres que no tienen culpa alguna en ser como son, y cuyo final es siempre el mismo: la soledad. Sarrás hizo tan obvio el personaje de la hermana George, que seguramente piensa que el público es retrasado mental o que está en su país donde hay que dar las cosas bien digeridas para que sean entendibles. La obra de Marcus no es una farsa, ni una comedia de risa loca; por el contrario, es una perfecta tragicomedia en la que deben acentuarse más las primeras sílabas de esa palabra compuesta. Gracias al enorme talento de Bertha Moss, que se resistió hasta donde pudo a ridiculizar su personaje, nos proyecta siempre la angustia, la desesperación, y, por fin, la soledad, de la atormentada June. En su breve monólogo del primer cuadro del segundo acto, y en el final de la pieza, Bertha Moss alcanza la perfección que se exige a toda aquella que se crea primera actriz. Mónica Serna molesta con su voz chillona, defecto de dirección también, pero se introduce de tal forma en su personaje, que es digna de todo aplauso. Bien Rosa María Moreno, aunque habla en ocasiones tan bajo, que a pesar de la pequeñez del teatro apenas se lograba comprender lo que decía. Y Tamara Garina, que siempre se agradece su presencia aunque siempre sea la misma.

A pesar de la dirección equivocada de Sarrás, es recomendable esta tragicomedia inglesa, a menos que cargue usted sobre sus

espaldas las toneladas de prejuicios que se han ido acumulando sobre la humanidad. Si es así, entonces vaya usted a ver *Las tentaciones de María Egipciaca*. Pero si usted se ha liberado ya, entonces vaya a los dos espectáculos. Ambos son espléndidos.

3 de marzo de 1968

PETER WEISS VS. JUAN IBÁÑEZ

A propósito de la puesta en escena del *Marat-Sade*, de Peter Weiss, por Juan Ibáñez, no hay tertulia de intelectuales o intelectualoides en que no se discuta al joven director, se trate de analizar la obra de Weiss, se alabe al dramaturgo y se desprecie a Ibáñez. “¡No se respetó el texto!” “¡Es un espectáculo de circo, sin conservar las ideas de Weiss!” “¡Entre tanto movimiento no se escuchan los parlamentos!”, etcétera, etcétera. Así claman los que creen conocer, o en realidad conocen, el *Marat-Sade*. Y en cuanto a los demás directores de teatro, el desprecio hacia Ibáñez llega a ser insultante. Es natural: cada uno de ellos piensa que lo hubiese hecho mejor. Entre los actores, el desprecio a los que intervienen en esta obra es también humillante: ¡Si a ellos se les hubiese encomendado el Marat, o el Coulmier, o el Duperret, o el Heraldo, o al menos alguno de los cuatro cantantes! Salvo con aquellos que dicen que ellos hubieran estado mejor en el Marqués de Sade, con nada de lo que he escrito antes estoy de acuerdo.

El texto de Weiss sí está respetado, sólo que se necesita tener un oído acostumbrado para *escuchar* los parlamentos mientras se contempla el espectáculo. Si los ojos pueden más que el oído, entonces la mente se concentra sólo en el movimiento escénico, pero esto ya no es culpa del director, sino del espectador. ¿Desde cuándo el teatro ha dejado de ser espectáculo para convertirse en sesiones auditivas? Por otra parte, no pongo en duda que algún otro director hubiese puesto el *Marat-Sade* de otra forma, puesto